

Chivilcoy, el “tintinear” de Julio Florencio Cortázar

Jorge Boccanera

Especial para Fundación El Libro. Junio 2020

El texto que sigue fue escrito como prólogo del libro *Cortázar en Chivilcoy*, de Gaspar J. Astarita, que iba a aparecer en edición bilingüe francés, español, alrededor de 2015. Pero dicho libro, que llevaba ya dos ediciones en Argentina, en 1997 y 2004, nunca se publicó. El prefacio, que finalmente quedó inédito, destaca el trabajo de Astarita, su modo exhaustivo para brindar el perfil del joven Julio Florencio Cortázar llegado a Chivilcoy con veinticinco años para desempeñarse como maestro, su entorno y el peso que iba a tener la localidad en su obra posterior. Al relato de su vida cotidiana, su círculo de amigos y sus muchas actividades culturales, Astarita agrega fotografías y textos escritos en Chivilcoy (entre ellos, algunos cuentos iniciales y relevantes de la obra *cortazariana*) y un artículo que prefigura al escritor consolidado, en el que muy joven discurre sobre la condición humana y la correspondencia entre ética y estética.

Entre los pliegues de esta crónica asoma un hecho que Gaspar J. Astarita cuenta como si dejara caer una anécdota al paso. A los catorce años consigue trabajo como cobrador para una compañía de ahorro y le toca visitar, entre otros lugares, la pensión Varzilio donde se hospedan viajeros de comercio, empleados bancarios y profesores de escuela. De ese lugar le quedará grabado por siempre el sonido de la máquina de escribir que salía de la habitación del maestro Julio Florencio Cortázar.

No se trata de una evocación menor si se tiene en cuenta que ese murmullo metálico puesto al servicio de la creación, excede el compás de pausas iguales y rutinarias de cualquier artefacto. De hecho, una máquina de escribir trabaja al ritmo del corazón, de la inventiva y de las ideas, cuando está en manos de quien busca un fraseo propio. Seguramente, el repiqueteo de las teclas que Astarita define como un “tintinear”, lo acompañaba fuera del establecimiento, filtrándose por los ventanales de la habitación del joven que daban a la calle. Esta evocación que elige el autor de *Cortázar en Chivilcoy*, sobre otras posibles, y que subraya como “el recuerdo que me quedó de aquellos días”, remite al trabajo vibrante de un escritor en ciernes y, más especialmente, a un cuerpo volcado sobre el teclado debatiéndose con sus fantasmas en ese contrapunto de preguntas y certezas con el cual cada creador interpela a los sueños. En síntesis: ese “tintinear” que escuchaba Astarita, era una manera de respirar.

Echando mano tanto al documento veraz como al anecdotario, Astarita, escritor y periodista de vasta trayectoria, arma su crónica a través de un trabajo de investigación; el acopio de datos, testimonios, fotografías, cartas, y textos de ficción y reflexión del propio Cortázar durante el período que va de 1939 a 1944, vale decir, los años en que el escritor ejerció la docencia allí como maestro de Historia, Geografía e Instrucción Pública.

Alterna, además, flashes de la vida cotidiana de aquel joven delgado, de gran estatura, profesor de la Escuela Normal “Domingo F. Sarmiento” que despuntaba como otro mástil de bandera entre la “blanca marea de guardapolvos”, con las imágenes del ambiente *cuasi* hogareño de la pensión Varzilio, donde ocupó siempre la cabecera de la mesa rodeado del afecto de la dueña del lugar, “doña Micaela”, y de su hija Rosa. Arropado con la amistad de aquellos huéspedes con los que compartía largas charlas entibiadas con el ida y vuelta de su incanjeable jarro enlozado que utilizaba como mate, en un entrevero de temas que iban de la metafísica existencial a la coyuntura social, y de los libros que devoraba en los viajes -justamente hacia 1940, un Cortázar deslumbrando por el paisaje recorrerá varias provincias del norte del país.

El trazo ameno de Astarita elude con eficacia una “Varzilio” de postal y entrega un rumor de cercanía y momentos compartidos. Muchas de estas relaciones se continuarían por años a través del correo (es el

caso de Rosa, la amiga que le pasaba a máquina algunos relatos cortos); afición que Cortázar va a ejercer siempre con fervor de “epistolero”, y que por esa época lo pinta ya como un joven desbordado por inquietudes múltiples que no se cansa de abrir diálogos con interlocutores afines. Precisamente en una misiva enviada desde Chivilcoy en 1942 a uno de sus amigos resalta el valor que le adjudica al género epistolar. Lejos de considerar a la carta como un “mensaje intrascendente” le concede valor de rito, ceremonia, espacio de franqueza donde lo espontáneo cobra especial singularidad; escribe: “yo me siento a la máquina y dejo correr el vasto río de los pensamientos y de los afectos”¹.

En los terrenos de las amistades anudadas en la ciudad, Astarita suma el nombre del poeta jujeño Domingo Zerpa (1909-1999); profesor como Cortázar y autor que irá adquiriendo relevancia al paso de los años mediante una obra sustancial en la que cohabitan el soneto y la copla, la erudición por los clásicos y las voces populares del pueblo aimara. La relación entre ambos colegas ubicados en la misma pensión cristaliza en el libro de poemas *Erques y cajas* que Zerpa publica en 1942 con prólogo de “Julio Denis”; justamente el seudónimo que utilizaba Cortázar para rubricar algunas de sus notas y cartas enviadas desde Chivilcoy alrededor de esos años, y con el que había firmado su poemario *Presencia* editado en 1938. El hecho de que un joven veinteañero escribiese la introducción de un poeta cinco años más grande, da quizá la medida de la consideración dispensada por sus pares.

A los nombres citados se agrega en las páginas de *Cortázar en Chivilcoy* una interesante galería de personajes, como la profesora Ernestina Iavicoli, quien generosamente provee de abundante bibliografía a su joven colega porteño con quien mantiene, según Astarita, una estrecha amistad a partir de “afinidades intelectuales”. Otro personaje es el extravagante vendedor de fonógrafos Francisco Musitani, “cronopio” que entrará con su bicicleta atiborrada de cornetas y timbres al libro *La vuelta al día en ochenta mundos* espoleado por su manía de pintar todo de verde, desde su casa a su caballo.

No cabe duda, y Astarita da cuenta sobradamente de ello, que ese Cortázar joven desarrolla en la ciudad una intensa actividad cultural más allá de las horas que le dedica a la enseñanza, al estudio de idiomas y a la lectura -según el crítico literario Saúl Yurkievich, en esos años de juventud el autor de *Presencia* se había leído “babélicamente la biblioteca total”. También son frecuentes las reuniones con los escritores Nicolás Cócara y Ernesto Marrone (quien aparece como “Morróni” en *Rayuela*), y con los integrantes de la Peña “Agrupación Artística”. Pero hay más: da conferencias, adapta para teatro una obra de Belisario Roldán y participa en el guión de la película *La sombra del pasado*, rodada enteramente en Chivilcoy. Asimismo, está presente entre los autores que promovieron y sostuvieron la revista *Oeste*, considerada a nivel nacional entre las mejores de su tiempo por la excelencia de sus materiales, su persistencia en el tiempo y el haberse desdoblado en sello editorial. Allí aparecerán en letras de molde poemas suyos.

De sus colaboraciones en publicaciones de esa ciudad me detengo en dos de sus cuentos: Uno, “Llama el teléfono, Delia”, publicado en 1941 en el periódico socialista *El Despertar* de Chivilcoy, posee una trama que se sobreimprime a la biografía de Cortázar cuyo padre abandonó la casa familiar cuando él tenía sólo seis años; el texto plantea el relato de un abandono; la voz fantasmal y agonizante de un hombre que clama tardíamente por un perdón tras haberse ausentado dos años de su hogar. En otro de sus cuentos, “Distante espejo”, que va a integrar el conjunto *Papeles de Gabriel Medrano*, entrelaza lo autobiográfico y lo fantástico, ambientado en esa Chivilcoy donde desmenuza sus rutinas dentro – sigue Cortázar- “de una existencia silenciosa y retirada”.

Ambos, que verán la luz recién en los *Cuentos Completos* de Cortázar aparecidos en 1994, habrían sido escritos, según Astarita, en aquella ciudad entre 1941 y 1943. En esa dirección, el crítico Pedro Luis

Barcia, citado por Astarita, asegura que ya en los cuentos que Cortázar escribe en esos años, algunos de ellos reunidos en el libro *La otra orilla*: “Hay rasgos que prefiguran en forma larvada, lo que habrá de explicitarse con maestría andando los años”.

De este modo, el lapso de tiempo que abarca *Cortázar en Chivilcoy* nos introduce Astarita en un sugerente terreno de deducciones sobre estos y otros textos citados en su libro; desde ya un trabajo pendiente para futuros investigadores que hoy cuentan con abundante bibliografía; los tomos de correspondencia, numerosos ensayos y demás materiales que no estaban disponibles cuando el autor del libro encaró su proyecto hacia mediados de los ‘90.

El caso más interesante sin duda corresponde a “Casa tomada”, un cuento emblemático en la obra del narrador que de observarse que fue escrito entre 1939 y 1944 colocaría al libro *Bestiario* como otro de los proyectos de Cortázar iniciados en Chivilcoy, además de sustraer a dicho relato del conjunto de los argumentos que abonan la teoría de un Cortázar rabiosamente antiperonista. Puntual y decisivo es el testimonio tomado por Astarita a Ernestina Iavícoli, profesora en la misma escuela del narrador y muy cercana a sus temas. Afirma Iavícoli que: “el escenario de su famoso cuento *Casa Tomada* fue la vivienda que nuestra familia habitaba en aquel entonces, situada en la calle Necochea, casa que algunas tardes solía frecuentar Cortázar. El cuento sí fue escrito estando él en Chivilcoy”.

En esa perspectiva de certidumbres y presunciones, podrían entrar otros textos de Cortázar², como algún poema publicado mucho después en el libro *Salvo el crepúsculo* de 1984, que dedica a una joven de Chivilcoy, Nelly Mabel Martín, con quien entablaría una relación sentimental hacia 1940, que se prolongó por carta por espacio de una década.

Por supuesto que Astarita no deja por fuera de su libro algún momento ríspido que debió atravesar Cortázar en Chivilcoy, producto de discrepancias ideológicas. Cuenta que a mediados de 1944 fue acusado de “escaso fervor gubernista (sic), comunismo y ateísmo”, al alertar a sus alumnos contra la militancia de la Alianza Nacionalista. Aunque, agrega, que lo que irritaba a ciertos sectores chivilcoyanos era el anticlericalismo del escritor, agravado por un episodio; su rechazo a “besar el anillo del Obispo, nada menos que en la Escuela Normal”. En este sentido hay que decir que en distintos momentos de su vida el autor de *Rayuela* fue una especie de imán de polémicas y cuestionamientos variopintos que lo persiguieron hasta sus últimos días; tema que excede el marco de este prólogo. Discordancias, expresadas muchas veces en un tono excesivamente severo, llegaron incluso a objetarle su lugar en el mundo. Más allá de estos cuestionamientos pueriles, el autor de *El libro de Manuel* fue en los años de plomo de los ‘70 un exiliado más entre miles de argentinos desterrados y a la vez una voz de denuncia amplificada por su renombre y como todo desterrado, seguramente veía desfilar por sus ojos, sobreimpresas, las imágenes de todo aquello que había quedado latiendo en la otra orilla; en su caso, además de su país y sus amigos, su hermana y su madre. En una carta de 1940 había escrito: “El hecho es que amo los recintos donde he encontrado un minuto de paz, no los olvido nunca, los llevo conmigo y conozco su esencia íntima, el misterio ansioso por revelarse que habita en cada pared”³. No es forzado imaginar que por la mirada de ese porteño exiliado, con guiños y modos de barrio, cruzaban potreros banfileños, esquinas de Bolívar, la Plaza España de Chivilcoy con sus bancos azulejados, acequias de Mendoza y los parroquianos del bar La Perla del Once, en Buenos Aires.

Por último, digamos que al tiempo que constata hechos, *Cortázar en Chivilcoy* abre puertas a la imaginación al colocar en perspectiva la red de caminos que van del joven que promediando los veinte años se foguea como escritor interpelando el sentido de la existencia y el hecho artístico, al intelectual consagrado que se convierte en un referente de la narrativa latinoamericana y una voz sostenida y

lúcida contra las dictaduras. En las páginas de este libro se perfila así el hombre que toma partido por causas libertarias, vale decir, subyacen el escritor y el humanista. Un ejemplo es la nota “Esencia y misión del maestro”, aparecida en *Revista Argentina* de octubre del 39 en Chivilcoy, en la cual su autor, Julio Florencio Cortázar, reflexiona sobre el tema de la enseñanza y se expande a terrenos de la ética y la estética, el conocimiento y la espiritualidad, como aspectos que se complementan y “elementos esenciales de la condición humana”. El joven profesor en Chivilcoy interpela en su artículo a una “enseñanza” basada en la mera repetición, contraponiéndola a la responsabilidad de aquel que debe instruir, educar y “dar alas a los anhelos”. Señala además que el estudio debe ir en paralelo a “una amplia visión de la realidad y entrega una idea sustancial: el maestro “construye descubriendo”.

Aborda Astarita brevemente, en la última parte de su libro, a un Cortázar que asume con conciencia crítica el tiempo que le tocó vivir, tema para nada menor en la vida del escritor debido a su estrecho contacto con los pueblos americanos y su lucha por la soberanía. En este punto, aunque el mismo narrador confesaría que muchos de sus años los pasó ajeno a la coyuntura política, bastaría leer algunos párrafos de sus cartas de juventud -1938 y 1939- para avizorar las preocupaciones de aquel joven que en las expresiones aludidas en el párrafo anterior agregaba entre sus preocupaciones “el destino del ser humano en cuanto sociedad”. No hay que olvidar que los años de su estadía en Chivilcoy son justamente los de la Segunda Conflagración Mundial. Precisamente en esas cartas, entre numerosos temas sociales, Cortázar analiza la Guerra Civil de España y deplora el papel nefasto de “los latifundios”, “la ignorancia”, la burguesía y la iglesia. En esa dirección critica atrocidades posteriores como la invasión nazi a Checoslovaquia y la figura del *Führer*, a quien llama “el megalómano Hitler”⁴.

CODA

Tuve la suerte de conocer a Cortázar y tratarlo a inicios de los '80 en Nicaragua y México, encuentros en los que pude constatar el perfil humano de ese ser talentoso y solidario; el mismo que nos entrega Astarita cuando, recogiendo percepciones que estaban en el aire de los muchos que lo conocieron en Chivilcoy, arma el retrato de ese flaco “atildado”, a ratos “retraído”, un erudito ajeno a cualquier tipo de figuración que poseía el don de vincularse con el otro al punto de convertirse en una especie de compinche íntimo. En palabras de Astarita: era “extremadamente cortés”, “desbordaba simpatía” y “reunía las cualidades del buen amigo”. Creo que es justamente esa calidad humana y artística, en su caso un nivel prodigioso de conciencia, pensamiento, inventiva y sensibilidad, la que lo mantiene vivo en la memoria de mucha gente que sigue sus ficciones y sus ideas; las de un intelectual comprometido con la libertad, la justicia, la dimensión lúdica de la vida y el erotismo como sostenes de –utilizo sus palabras- una “dignidad compartida”.

En la relación territorio-habitante existe siempre una cuota importante de reciprocidad, así: *Cortázar en Chivilcoy* es también Chivilcoy en Cortázar, aquel que ya mudado a Mendoza a fines de 1944 le manifiesta a Rosa Varzilio en una de sus cartas su anhelo de volver y un deseo fuerte de “visitar la escuela y charlar un rato con mis ex alumnos”. Aunque ya había dejado en las calles y claustros de esa ciudad a la que imaginaba que iba regresar, una estela de afectos y algunas marcas: su erudición sin alharaca, su curiosidad por hacer y saber, su camaradería sin fisuras y un modo de mirar el futuro como un desafío, tal cual lo expresa en una línea de aquella nota de juventud, “Esencia y misión del maestro”, que bien podría considerarse una síntesis temprana de sus indagaciones estéticas y su postura existencial. “Con los horizontes –expresa Cortázar- hay que hacer algo más que mirarlos desde lejos; hay que caminar hacia ellos y conquistarlos”.

Jorge Boccanera (Argentina). Poeta y periodista. Autor, entre otros libros, de *Música de fagot y piernas de Victoria*; *Polvo para morder*; *Sordomuda*; *Palma real* y *Tráfico/Estiba*.



Semana del Escritor y de la Escritora
Del 16 al 19 de junio, 2020

¹ Carta a Luis Gagliardi fechada en Chivilcoy el 2/6/1942, en *Julio Cortázar. Cartas 1937-1963*, Alfaguara, Buenos Aires, 2000.

² Por fuera del libro de Astarita, podrían sumarse otros proyectos de Cortázar en esta época: la novela *Preludio* de la que lleva “60 páginas” -según le cuenta a un amigo en carta de 1938- y que bien podría haberla comenzado antes de llegar a Chivilcoy y corregido allí. En “El Cartero de Cortázar” -correspondencia con Eduardo H. Castagnino-; en Jorge Boccanera y Juan Castagnino en *Nómada* N°1, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, octubre de 2006.

También, el libro de poesía *De este lado*, que según una carta de 1940 a su amigo Luis Gagliardi, habría enviado a un concurso literario. En *Julio Cortázar. Cartas 1937-1963*, Alfaguara, Buenos Aires, 2000.

³ Carta a Lucienne y Marcelle Duprat fechada en Chivilcoy el 10/4/1940, en *Julio Cortázar. Cartas 1937-1963*, Alfaguara, Buenos Aires, 2000.

⁴ Carta fechada el 14/9/1938 a su amigo Eduardo H. Castagnino en “El Cartero de Cortázar”; Jorge Boccanera y Juan Castagnino en *Nómada* N°1, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, octubre de 2006.